

CRÓNICA CIRCULAR DESDE LA CAMA

Por Santiago de Ossorno



En Burgos lo hemos pasado muy bien aunque haya vuelto a casa atacado por una especie feroz y desconocida de gripe burgalesa¹ no achacable en absoluto a la perfecta organización del evento.

Todo empezó el miércoles temprano, dejamos diluirse el atasco matinal de la M-30 y enfilamos la A-1, como vamos bien de tiempo paramos en Lerma para visitarla y tomar algo; había mercadillo en la plaza aunque debido a lo temprano de la hora todos los restaurantes típicos del lechazo estaban cerrados, solo pudimos pasear un poco por el centro, ver la campiña del río Arlanza desde el mirador de los Arcos y tomar algo ligero sentados en la terraza del bar el Círculo Católico de Obreros que no es circular, no tiene pinta de iglesia y obreros no vimos ninguno.

¹ Pues al final no ha sido la gripe burgalesa, sino una vulgar COVID-19, bien conocida por todos.

Pero elegimos bien porque, según tengo leído, se trata de un bar con esencia de pueblo, punto de encuentro de toda la vida, donde cada conversación se mezcla con el sabor de la tierra. Tomamos un aperitivo sencillo y seguimos viaje.

Al llegar a la Residencia antes de las dos, aprovechamos para comer, en el comedor vemos a Paca que nos cuenta que había sufrido un vértigo y tuvieron que llamar al 112, por lo que sabemos el equipo médico que la atendió era de primera categoría.

En la mesa nos enteramos de que Maricarmen se ha caído en la estación y los del 112 la han llevado al hospital, malas noticias que se confirman posteriormente, la buena de Maricarmen se ha roto la cadera; tras avisar a su hija la decisión tomada por la familia fue trasladarla a Madrid para operarla.

Pasado el trago de las malas noticias, subimos a descansar un rato; nos ha correspondido la habitación 112, me da mala espina el número pero yo no creo en supersticiones ni cosas raras, es una mera casualidad y no voy a darle mayor importancia a la coincidencia.

Se acerca la hora de prepararnos para asistir a los actos del día, bienvenida de la presidenta, entrega de carnés a los nuevos socios y premios a los ganadores de los concursos y la cena del Encuentro; me había llevado dos pantalones a estrenar para dar buena imagen, pero cuando intento ponerme el que iba a utilizar esa tarde ino me lo podía abrochar! ¿Qué ha pasado, habrá sido por el piscolabis en Lerma, si solo ha sido un pincho de tortilla?

Enseguida nos damos cuenta de que por error hemos metido en la maleta un pantalón que no tocaba, el nuevo, del mismo color y forma porque yo soy de vestir siempre igual, lo hemos dejado en Madrid; bueno, no pasa nada, me pondré el otro que he traído para los actos de mañana y que también hace juego con la chaqueta.

Al sacarlo de la maleta e intentar ponérmelo no puedo dar crédito itampoco me lo podía abrochar! ¿Qué está pasando? Lerma no puede ser la causa porque lo compré al sábado pasado, me lo probé, con lo poco que gusta esa parte de las compras, y me venía bien. Segunda equivocación, por segunda vez habíamos dejado en casa el nuevo.

Como la alternativa era bajar en vaqueros o en calzoncillos, decido ponérmelos haciendo de tripas corazón, a duras penas consigo abrocharlo pero la sensación que tengo es que en cualquier momento el botón saldrá disparado y tendré suerte si no le salto un ojo a alguien.

En la mesa la sensación de malestar va creciendo a medida que voy dando cuenta de la rica cena, me estoy poniendo rojo y no sé si se debe a la hipoxia o

al chupito de queimada de Papi, pero afortunadamente el botón resistió firme en su ojal; cuando a la hora de acostarme me quité la faja pantalón, no veía la hora de hacerlo, sentí un gran alivio, es que no podía más.

Antes de eso estuve haciendo fotos a diestro y siniestro casi sin respirar no fuera qué, pero desde el primer disparo notaba que algo no iba bien, las fotos salían muy oscuras a pesar de utilizar el flash. ¿Qué estará pasando? No tenía idea ni tuve reflejos para investigarlo, se ve que las aperturas del pantalón me debieron cortar la circulación de la sangre hacia el cerebro.

Al día siguiente tocaba visitar la magnífica Cartuja de Miraflores y el espléndido MEH antes de sentarnos a comer estupendamente en el Circulo de la Unión, llamar círculos a los bares y restaurantes lo mismo es una costumbre local, por lo que sea me acordaba de la cuadratura del círculo que nos contaron en el colegio; no me lo pienso y decido ponerme los vaqueros, elegante no estaré pero al menos podré respirar; la parte fotográfica no reacciona, saco fotos a todo lo que se mueve pero sigo con la mosca tras la oreja. Empiezo a pensar que me ha mirado un tuerto, ¿habrá sido en Lerma?

Al volver a la Residencia propongo a la organización hacernos la tradicional foto de grupo, al bajar del autobús Lola se adelanta corriendo y sube a toda prisa a la 112 para traer el trípode, pretendo que la foto de grupo salga bien y de paso salir en ella porque en otros Días del Pífanos me había quedado fuera de plano.

Emplazo el trípode, programo la foto en espera, 10 segundos serán suficientes para apretar el botón, colocarme en el grupo y esperar a que la cámara tome las tres imágenes programadas ¿qué puede fallar? Aparentemente todo ha salido bien, ni siquiera me ha atropellado un coche de los muchos que pasaron por allí y finalmente el grupo se dispersa sin incidentes.

A la posterior Asamblea y Presentación del libro no tengo más remedio que ir en vaqueros lo cual me parece fatal pero a grandes males grandes remedios, lo bueno es que al estar sentado solo se me verá de cintura para arriba como a los del telediario, nadie se dará cuenta de mi desaliño indumentario si no fuera por la camisa de cuadros.

Mientras Lola saca algunas fotos de la presentación me avisa de que algo no está bien, tiene una sensación rara, como si las fotos estuvieran saliendo mal. Sensaciones raras también tenía yo, me notaba acalorado, abanicándome sin parar y bebiendo agua, entonces no lo sabía pero seguramente estaba pillando algún virus puñetero que yo achacaba a los nervios del momento.

Durante el cóctel nocturno posterior apenas probé un par de canapés y una croqueta de queso, no tenía ganas de comer y eso en mí es un síntoma claro de estar malo; tras sacar algunas fotos más decido investigar la cámara, aprove-

chando que el flujo sanguíneo parece que vuelve a circular con la debida normalidad.

Entonces descubro el problema, en reuniones de este tipo suelo utilizar el modo automático de fotografía por ser el más cómodo y rápido, enfocas y disparas, pero debido a algún descuido en su manipulación el disco selector (también circular) estaba colocado en modo manual.

Para compensar el disgusto me quedaba la esperanza de que Serafín, con quien compartía labores fotográficas, no tuviera el mismo problema que yo con los pantalones y hubiera podido inmortalizar los mejores momentos de la reunión.

Al llegar a Madrid lo primero que hice fue constatar que los dos pantalones nuevos estaban colgados en sus perchas correspondientes y descargar urgentemente las fotos para ver si se producía un milagro, aclaro que no hubo suerte.

Enseguida empecé a notar malestar general, sudores fríos, dolor en las coyunturas y décimas de fiebre; con tanta contrariedad he debido pillar una gripe de las malas que me ha mantenido en cama día y medio.

Aunque no hay mal que por bien no venga, ya que durante mi estado febril no he pensado ni un segundo en los pantalones ni en las fotos y ahora que estoy casi recuperado empiezo a asumir los errores en cadena, pasando página para no quedarme con ellos dentro.

Eso sí, el próximo Día del Píñano procuraré que no me toque la habitación 112.